

SOMBRA

A LAS diez de la noche apagué la luz de mi cuarto. Entonces, con la rapidez con que se evoca una idea, surgió de alguna parte una sombra densa y enorme e invadió toda la amplitud de la cámara. Podría haber surgido de mis entrañas o de los rincones del salón. O bien podía suceder que aquella luz delicada que yo acababa de apagar de un soplo, fuera apenas una flor sutil y temblante de la sombra. Hasta tuve por un instante el sentimiento de que lo único real en mi vida era esta sombra que estaba delante de mí o en mí. Porque, a decir verdad, ¿en dónde estaba yo, dentro del seno de aquella sombra oscura? Hice un esfuerzo supremo y me puse a considerar la sombra. En efecto, me resultaba algo tan viviente como yo mismo, en cuanto fuera cierto que yo participaba de la grande y noble vida. A pesar de los esfuerzos que hacía no me era posible precisar diferencias de entidad entre la sombra y yo: unas veces yo podía ser la conciencia de la sombra y otras veces la sombra era como mi propia conciencia. Ustedes comprenden que por este camino se va hasta la locura, pero yo me ponía siempre dentro de los términos de un buen sentido práctico. Cuando advertía que el torbellino de mis ideas perdía un poco el control, me hacía una reflexión vulgar cualquiera: «No seas torpe—me decía—cerca de ti hay una silla de madera. ¿Crees que se encuentra ella en la misma tormenta mental que tu?» O también: «Te bastaría encender la lámpara para poner en ridículo todo el juego deslumbrante de tus ideas». ¿Habéis dicho, encender la lámpara? Indudablemente, alguien comenzaba a burlarse de mí. Comencé a temer que hubiese caído bajo un extraño poder oscuro y desconocido que se complacía en mortificarme diciéndome: «¡Enciende la luz! ¡Enciende la luz y verás, delante de ti, la ropa que has vestido durante el día, el glorioso día brillante como una divinidad apolínea, verás también tus muebles y tu retrato! Y era tan fácil comprender que ya eso no me era posible: después de la solemnidad de la sombra, de una solemnidad vivida con un placer sin nombre y con una angustia deleitable, ¿sería yo capaz de encender la luz para ver el vestido que había llevado durante el día? ¿Y quién era yo para encender la luz? ¿No era una parte íntima y profunda de la misma sombra? En aquel instante, era como la parte contradictoria de la luz, sin posibilidades de inteligencia alguna

con ella, y si no en una lucha franca y cruel, por lo menos alejados por una secreta discordia.

Todo esto me produjo hilaridad. Me puse a reír. Y noté que la sombra se estremecía y que mi risa caía como un torrente en un abismo, convirtiéndose, a poco, en una risa triste, gemidora y sollozante que se iba apagando de un modo vergonzoso en la profundidad. La sombra devoraba mi risa con cierta lentitud, con un placer maligno. A mí no me habría importado eso, pues mi risa era algo de que yo me descargaba. Pero pronto tuve la revelación de que mi risa, en vez de salir, se adentraba en mí, produciéndome una congoja terrible, y dentro se hacía algo grande, sin límites, sin forma, y esto era lo que devoraba la sombra hambrienta y loca. Cuando dejé de reír, me observé a mí mismo, y no me explicaba mi propia razón de ser. ¿Un hombre? ¿Una sombra? ¿Una estrella? Estuve a punto de gritar cuando comencé a penetrarme de esta idea atormentadora de que yo era la nada. «Enciende la luz—me gritaron—y verás que te hallas sobre tu propio lecho». Esto me avergonzó. Desde el seno de la sombra habían seguido la tempestad desatada de mis ideas y querían burlarse más y más de mí.

¿Encender la hermosa y pura luz para verificar una verdad tan simple como esa? A esa misma hora, muchos esta-

fan sentados sobre su lecho indiferentes y hasta olvidados de su propio destino.

¿Por qué pensé en el judío de la esquina, un comerciante de joyas? Porque se establecía una relación tan paradójica entre ese judío y la sombra en mi propia mente? Maldito judío. Lo vi surgir de entre la sombra y regar sus joyas delante de mí. ¿Serías capaz, judío pérfido, de hacer eso tan contrario a tu modo de ver la vida, tu vida y la vida de los demás? ¿Serías capaz de abrir tus cajas de caudales sin sufrir dolor alguno en tu endurecido corazón? ¿A quién se le ocultaba que aquel hombre procedía de esa manera tan sólo con el objeto de maltratarme? Las joyas brillaban espléndidas y caprichosas como los ojos de la sombra. Un collar de diamantes esplendía como los ojos de una mujer iluminada por el vino en una suntuosa fiesta. La sombra se había quedado también como extática, y luego observé que absorbía la luz de las joyas imperceptiblemente. El judío me miró burlón y malicioso. Yo le escupí. Me violentó aquella actitud inhumana. Le injurié, y aun le amenacé con arrojarle por la ventana sin sus joyas.

¿La ventana? me arrojaron la palabra de un modo tan preciso y tan certero, que no pude menos que tornar a ver hacia la ventana. El judío era un poco de claridad lunar que se había filtrado a través de los cristales de la ventana.

La sombra había huido. Oía sus pasos lejanos en el aire azul de la noche.

RÓMULO TOVAR

Una forma de centroamericanismo

Dirección General de Correos, Telégrafos y Teléfonos.

Nicaragua, C. A.

Managua, 4 de mayo de 1920.

Dr. Salvador Mendieta.

Diriamba.

Mi estimado amigo:

TENGO el gusto de poner bajo el patronato de Ud. la siguiente propuesta que he hecho a las Direcciones de Correos de los Estados Centroamericanos, a fin de que tenga la bondad de gestionar ante los respectivos Gobiernos en el sentido de que se lleve a efecto:

Señor: en el año próximo de 1921, las secciones del istmo centroamericano celebrarán el centenario de la Independencia Nacional. El anhelo popular de que vuelvan a unirse las cinco fracciones de la antigua Patria, se aviva cada día más, y los trabajos

para que este acontecimiento sea efectivo el 15 Septiembre de 1921, se están sintiendo por todos los estados centroamericanos, tanto en las esferas gubernativas como en las de la opinión pública.

Una de las maneras de trabajar porque sea efectivo y realizable el ideal de la unión práctica y perdurable, es hacer que las instituciones y sistemas, de nuestros respectivos países, no tengan diferencias, y que en todos los ramos administrativos los centroamericanos vean impreso el sello de un anhelo uniforme y de una sola nacionalidad. Borrar todas las barreras para nuestro intercambio, unificar nuestros métodos de administración, es obra de patriotismo, por cuanto que de esa manera llegamos a un acercamiento efectivo y se nos considerará en el exterior como miembros de una misma familia, presta a rehacerse en una sola congregación.